

»

Silvia Bleichmar desde la cocina: “Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito”**

Sentada ante la hoja en blanco y frente a una tarea que pienso colosal, apelo a la memoria buscando aquellas fórmulas con las que suele darse inicio a una semblanza.

Pienso en el Moisés de Thomas Mann (1943/1985): “Su nacimiento fue irregular, de ahí que amara apasionadamente el orden, lo inviolable, lo que debe y no debe hacerse” (p. 7); en la autobiografía de Isidora Duncan (1927/1983): “El carácter de un niño está ya en su plenitud en el seno de la madre” (p. 13); o también en una deliciosa biografía de mi poeta favorito: “Charles Baudelaire es parisiense de nacimiento” (Porché, 1997, p. 17).

Apelo a ellas y a muchas otras, reemplazando el sujeto en cuestión por el nombre de mi madre: su nacimiento fue una rara unión entre escepticismo y voluntad, aun si su familia paterna acababa de ser masacrada en Europa... De pequeña mostró una determinación evidente que se reflejaba en el modo en que, ante una sanción que vivía como injusta, se mordía los labios para no llorar... Nació en Bahía Blanca, una ciudad “de provincias”, donde el fotógrafo local debió doblegarse ante la fortaleza de mi abuela Sara para que el habitual retrato que se hacía de las niñas la mostrara, con solo tres años, de pantalones, con un pie en alto, en esa pose de prócer que solo se permitía a los varones... Silvia Bleichmar era argentina... Silvia Bleichmar era psicoanalista..., latinoamericana..., judía..., dejó una vasta obra..., murió joven.

Y, una vez resuelto el comienzo, ¿cómo definir el tono? Familiar e íntimo o, por el contrario, neutral y académico. Ese, tal vez, no sea del todo mi problema, entiendo que el tono emergerá de hacer que ella hable por sí misma; cualquier otra cosa me resulta impensable.

Mientras cavilo, entiendo que no es posible introducir su obra sin dar cuenta de una marca que la distinguía como sujeto, como autora y como pensadora: una avidez inmensa por el conocimiento, pero, más aun, por ese conocimiento acompañado del efecto del diálogo incesante que se establece con los otros en cualquiera de sus formas: pares, alumnos, colegas, pacientes, amigos, objetos internos, autores, libros.

En ese sentido, su semblanza requiere de muchos otros, ya que, precisamente, “sentirse parte de los demás” fue una de las razones por las que volvió a la Argentina luego de su exilio mexicano, y no –como dijo alguna vez– “porque extrañara las medialunas”.

* Asociación Trabajo del Psicoanálisis.

** Sor Juana Inés de la Cruz (1691), *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*. Verso citado en el libro *En los orígenes del sujeto psíquico* (Bleichmar, 1985/1986, p. 16).



↑
La memoria del mundo
Hugo Aveta

Quizá sea esa cualidad para un intercambio genuino lo que invita a imaginar lo que diría respecto a tal o cual acontecimiento, ya que permanece como interlocutora en cada uno de quienes pudimos conocerla y se sostiene en las generaciones más jóvenes, en un diálogo con la obra cargado del mismo entusiasmo no reverencial con el que supimos hacerlo con Silvia misma¹. Un pensar acompañado pero no complaciente la definía.

Solía comenzar y cerrar el seminario que dictó cada lunes durante más diez años agradeciendo al auditorio por acompañarla y estimularla en ese trabajo riguroso (pero aun así irreverente y lúdico) con el que se abocaba al tema propuesto en cada ocasión.

De ese seminario de los lunes quedó gran parte de la obra publicada luego de su muerte (Bleichmar, 2009, 2011, 2014, 2016, 2020), pero también un trabajo de revisión de la sexualidad masculina (Bleichmar, 2007), que consideraba una de las grandes deudas del psicoanálisis y que llevó adelante anticipándose a debates actuales en función de “sostener los paradigmas desprendiéndose del lastre” (Bleichmar, 2005, p. 107).

El reposicionamiento de la noción de perversión en términos metapsicológicos por fuera de toda lectura moral de las prácticas sexuales², así como el esfuerzo por deslindar el Edipo (en tanto asimetría sexual constitutiva) de la novela de la modernidad, en cualquiera de sus reformulaciones, fueron un intento porque nuestras teorías no sucumbieran junto con las formas de la subjetividad de una época que ponen en riesgo la legitimidad misma de la disciplina³. Para ello, la diferencia entre aquellas reglas generales del funcionamiento psíquico –definidas como “constitución del psiquismo” (funcionamiento diferenciado de los sistemas psíquicos, represión, superyó, complejización tendiente a la regulación intrapsíquica)– y los modos histórico-sociales particulares de producción de sujetos aptos para cada sociedad –pensados en términos de “producción de subjetividad”– resultó central (Bleichmar, 2005).

Pero volvamos atrás. Silvia Bleichmar nació en 1944, fue la hija menor de una familia judía, mitad lituana, mitad argentina, que apenas cuatro años antes de su aparición había debido abandonar Buenos Aires en busca de los medios para sobrevivir. Años después, ella misma fue echada de un colegio (por contestataria e irreverente) y de un país, estudió más de una carrera, se casó más de una vez, tuvo más de un hijo y más de una geografía. Su vida se imbrica a cada paso con su pensamiento y sobre su biografía ya han escrito mucho –entre otros, yo misma–: avancemos mejor sobre aquellas líneas libidinales⁴ (Bleichmar, 2009) que la misma Silvia fue tendiendo sobre el mundo en el armado precioso de una red que aún hoy sostiene su recuerdo.

Una digresión final: cuando mis hermanos y yo éramos pequeños, el acceso a la biblioteca no tenía restricciones y la invitación a recorrerla se regía por la consigna de que fuéramos nosotros mismos, los niños, quienes resolviéramos cuáles libros debían ser leídos o abandonados después de una primera ojeada, guiándonos únicamente por nuestros gustos e intereses. Es así como escalamos precoz y farragosamente *El muro* de Sartre, quedando luego atrapados en “La autopista del sur” de Cortázar o embarcándonos con Monteiro Lobato y Periquita rumbo a la Acrópolis de Pericles, mientras saboreábamos con el pensamiento algo llamado néctar y ambrosía, que se suponía era tan sabroso que los dioses mismos lo preferían puestos a elegir entre eso y un chocolate con churros o un buen asado. Esta libertad con la que se nos estimulaba a ingresar en cualquier mundo que nos resultara convocante era la que ella misma había experimentado en su infancia al quedar al cuidado de los

1. “La escritura se ejerce siempre en el horizonte de los ojos de todos aquellos que nos ayudan a pensar y a pensarnos en nuestro derrotero” (Bleichmar, 1993, p. 15).

2. “Redefinimos entonces la perversión como proceso en el cual el goce está implicado a partir de la des-subjetivación del otro” (Bleichmar, 2006, p. 102).

3. “No se trata de acomodar los paradigmas fundamentales del psicoanálisis a los tiempos que corren, sino de hacer decantar en ellos aquellos aspectos que aúnan el rigor teórico a la máxima fecundidad práctica. Cada vez que un enunciado es puesto en cuestión por los nuevos modos de la subjetividad, nos obliga a una revisión de sus fundamentos, en razón de que, fuera de todo relativismo, los núcleos de verdad que posee no pueden ser expulsados junto con las formas de subjetividad de los tiempos en los cuales fueron acuñados” (Bleichmar 2006, p. 9).

4. El “signo de percepción [...] enmarca la apertura en el mundo de líneas libidinales que atraviesan los objetos. Digamos, son elementos que provenientes del campo de lo real, se desprenden de los objetos productores de placer primario y entran a funcionar como autónomamente, y van marcando las líneas de interés en el mundo” (Bleichmar, 2009, p. 310).

bibliotecarios de Bahía Blanca que, viéndola aburrirse en el Anexo Infantil, muy cautelosamente pidieron autorización para que accediera a la colección “verdadera”.

Tanto en su caso como en el nuestro, un mundo tan ignoto requería un mapa o, por lo menos, algo parecido a una brújula: si la propuesta era amplia, la ingenuidad, por el contrario, no estaba permitida.

Para ello fuimos instruidos: cada vez que nos encontráramos con un autor, debíamos pensar con quién dialogaba o, por qué no, discutía. Esta clave sigue siendo para mí esencial ante cualquier lectura, y cuando se lea cualquier texto de Silvia, propongo hacerlo siguiendo ese Norte o, mejor aún, esa Cruz del Sur.

A comienzos de los años setenta y luego de dejar inconclusa la carrera de Sociología, se recibe de psicóloga y comienza su formación como analista en un tiempo que define como de agotamiento respecto a los paradigmas vigentes en psicoanálisis.

En ese contexto, se interesa por el carácter refrescante de la llegada del pensamiento de Lacan a la Argentina, aunque se aboca, sin embargo, al estudio sistemático de la obra freudiana. Simultáneamente, comienza su trabajo clínico y la asalta la sensación de que la práctica con niños se encuentra empantanada entre dos determinismos –el endogenismo kleiniano y el estructuralismo lacaniano– que obstaculizan su potencia⁵ y, así, no permiten mitigar el padecimiento de quienes la consultan (Bleichmar, 1985/1986). A partir de allí, el sufrimiento psíquico devendrá el modo de balizamiento principal respecto a la eficacia de sus intervenciones.

En el marco de su exilio mexicano, en experiencias de verdadero encuentro con niños que arrastran padecimientos brutales –y en vías de realizar un viraje hacia una clínica más fecunda respecto a traumatismos cuyo anclaje histórico no alcanza para explicar la sintomatología, pero que no pueden ser resueltos por la vía del endogenismo del fantasma o las determinaciones estructurales–, se interesa cada vez más en los fundamentos de la metapsicología freudiana.

El salto “del mito a la historia” se produce a partir de la recuperación del concepto de la represión originaria⁶, que le permite empezar a plantear un modelo de constitución del sujeto –luego, aparato– psíquico, histórica y traumáticamente instruido, manteniendo el inconciente y la sexualidad ampliada (en tanto plus de placer que no se reduce a lo autoconservativo) como nociones centrales.

Su encuentro con Jean Laplanche (“el más lacaniano de los freudianos”), que la acoge como doctoranda en París VII, resulta estimulante. Comparten la pasión por la obra de Freud y el cuestionamiento a su desvío biologizante. Laplanche deviene un interlocutor privilegiado y estimulante a lo largo de los años; guardo el recuerdo de ir caminando tras ellos tratando de imaginar el apasionante diálogo que se percibía a lo lejos enmarcándose en largos paseos.

En su libro *En los orígenes del sujeto psíquico* (Bleichmar, 1985/1986) –también tesis de Doctorado y, por lo tanto, más encorsetado por los requisitos de la Academia– y luego en el mucho más personal *La fundación de lo inconciente* (Bleichmar, 1992), va dando forma a un modelo propio en una relectura de Freud: el *Proyecto*, la *Carta S2* y los textos metapsicológicos del 15.

Allí sostendrá que el aparato psíquico –que luego de su fundación permanecerá abierto a lo real– comienza a constituirse a partir del encuentro con el otro adulto que, en tanto “doble

5. “una situación enormemente estresante a aquellos que nos iniciábamos en la tarea analítica, ya que no contábamos con principios rectores claros ni con guías técnicas que nos permitieran saber con qué parámetros manejamos cuando nos encontrábamos frente al paciente. Se llegó a tal grado de maniqueísmo ciencia-ideología que en un pequeño artículo que escribí en 1976 mostraba la imagen grotesca de un analista aterrado, agarrado con firmeza al sillón, preocupado por evitar cualquier deslizamiento ‘precientífico’, ‘ideológico’, en la interpretación, más que interesado en el proceso de la cura misma en que se hallaba comprometido. Interpretación de la transferencia hacia la historia, interpretación de la historia en función de la transferencia, interpretación lacunar o transcripción simultánea, interpretación de la defensa o interpretación del contenido, interpretación, en fin, o no interpretación, eran algunas de las opciones en las cuales nos debatíamos” (Bleichmar, 1985/1986, pp 19-20).

6. “Se fue haciendo cada vez más claro para mí que no se podía definir a priori ningún tipo de técnica si no se resituaba el concepto rector de represión originaria y el lugar de esta en la constitución del aparato psíquico. El ‘mito’ de la represión originaria debía ser retomado como concepto y puesto en juego en el campo clínico mismo” (Bleichmar, 1985/1986, p. 20).



↑
Hércules
Hugo Aveta

conmutador” y desde una posición asimétrica (efecto de la situación antropológica fundamental que implica el estado de desayuda en el niño), produce una doble inscripción: sexual y narcisista. La sexualidad reprimida del adulto es vehiculizada en los cuidados primarios a sus espaldas, mientras que su narcisismo “trasvasante” –dirá Bleichmar– facilitará la inscripción de marcas que constituirán a su vez las vías colaterales de ligazón para que esta sexualidad, también inscripta de manera metabólica, dando origen a la pulsión no arrase con el sujeto psíquico en vías de constitución⁷. La excitación, pulsión, *Drang*, esfuerzo de trabajo, que impulsa al aparato psíquico a la descarga o la satisfacción, será refrenada por dichas vías colaterales de ligazón, que operarán como prerequisite y diques anteriores a la instauración de la represión que dará precisamente “origen” al aparato clivado, generando así las mejores condiciones para el funcionamiento psíquico. Nada hay aquí de un modelo por derivación biológica.

Su interés en aquella historia traumática-vivencial –que, sobre la base de condiciones edípicas de partida, define los “destinos de la pulsión” y, por lo tanto, “los destinos del sujeto”– la lleva a una avanzada “extramuros” respecto al psicoanálisis, en la que es acompañada muchas veces por Carlos Schenquerman, su compañero de casi cuarenta años. Es así como rearticula las herramientas provistas por el psicoanálisis para intervenir en catástrofes co-

lectivas como el terremoto que afectó a gran parte de México e impactó dramáticamente en el Distrito Federal en septiembre de 1985. Los “grupos elaborativos de simbolización” devienen el dispositivo para paliar los efectos del traumatismo en la población afectada en un primer momento (Bleichmar, 2010), y también modelo para la posterior intervención en el atentado a la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), en Buenos Aires, en 1994.

Si en Silvia Bleichmar el encuentro con los *impasses* de la clínica definieron este viraje teórico hacia un “psicoanálisis de frontera” –necesario tanto en las intervenciones con niños como respecto a corrientes no neuróticas, efecto de traumatismos severos o fallas parciales de la represión (Bleichmar, 1993)–, es también porque se ve interpelada por el sufrimiento subjetivo fuera del consultorio durante la gran crisis argentina de 2001 que apela al psicoanálisis como “gran teoría de la subjetividad” para intentar ampliar la comprensión de las consecuencias psíquicas de los procesos de desmantelamiento social (Bleichmar, 2002).

La forma febril en la que atacaba el teclado de su computadora para producir uno tras otro aquellos textos que hacían a la elaboración colectiva de padecimientos innumbrables daba cuenta de su convicción de que solo el pensamiento compartido podía mitigar el sufrimiento psíquico, ya fuera efecto del ataque de la pulsión o de los horrores de la vida que confrontan a los seres humanos con procesos de desmantelamiento de su identidad, su subjetividad, su yo. En ese trabajo de escritura que llevaba adelante en su máquina-rueca, hilaba, para nosotros y para ella misma, los restos de lo deshilachado.

Imposible no sentir que nos hace falta.

REFERENCIAS

- Bleichmar, S. (1986). *En los orígenes del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1985).
- Bleichmar, S. (1993). *La fundación de lo inconciente*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bleichmar, S. (2000a). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bleichmar, S. (2000b). *Dolor País*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía.
- Bleichmar, S. (2006). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2009a). *El desmantelamiento de la subjetividad: Estallido del yo*. Buenos Aires: Topía.
- Bleichmar, S. (2009b). *Inteligencia y simbolización*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2010). *Psicoanálisis extramuros*. Buenos Aires: Entreideas.
- Bleichmar, S. (2011). *La construcción del sujeto ético*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2014). *Las teorías sexuales en psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2016). *Vergüenza, culpa, pudor*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2020). *El psicoanálisis en debate*. Buenos Aires: Paidós.
- Duncan, I. (1983). *Mi vida*. Buenos Aires: Losada. (Trabajo original publicado en 1927).
- Mann, T. (1985). *Los diez mandamientos de Moisés*. Buenos Aires: Leviatán. (Trabajo original publicado en 1943).
- Porché, F. (1997). *La vida dolorosa de Charles Baudelaire*. Buenos Aires: Taurus.

7. Sugerimos revisar el capítulo 1 del libro *La fundación de lo inconciente*: “Primeras inscripciones, primeras ligazones” (Bleichmar, 1993, pp. 17-68).